UNIVERSIDAD CATOLICA EN ASUNCION

POR

ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

La tradición universitaria en Paraguay

Es admirable este Paraguay. Cuanto más se le adentra uno, más sorpresa produce y más se le quiere. ¡Qué tenacidad y vitalidad la suya en ir disipando, día a día, tanta negra leyenda contra él vertida! Así hoy, contra aquella acusación de su inmadurez universitaria, por el hecho de sólo poseer *una* Universidad y *tardía:* inaugurada el 31 de marzo de 1890 y con tres únicas Facultades iniciales (Derecho, Medicina y Matemáticas). Sin tener en cuenta tal invectiva, que si tardía fué la oficial apertura de la Universidad Nacional, no por eso dejó de dar—*inmediatamente* y *desde entonces*—frutos culturales madurísimos, con preclaras figuras en el saber y en el Poder, y con un estudiantado cada vez más numeroso, fino y capaz. Lo cual fué posible por una simple causa: que esa Universidad... *no se abrió* en 1890. Sino se *reabrió*. Ya que Asunción, además de poseer «semilla universitaria» casi al mismo tiempo que Méjico, Santo Domingo y Lima, llevó esa semilla a otras tierras para fecundarlas culturalmente. ¿Qué fué—en el XVII—la Universidad de Córdoba en la futura Argentina sino la siembra de un paraguayo inmortal, Hernando de Trejo? ¿Y los colegios famosos de Montserrat y de San Carlos en el XVIII?

De ahí que al reanudarse—24 de abril de 1960, con una misa del Espíritu Santo—otra modalidad más de la tradición universitaria paraguaya, la Universidad «Nuestra Señora de la Asunción», llegue la hora de defender tal tradición y rendir homenaje a la cultura de este querido pueblo, en el que espiritualidad y ciencia, fe y razón, investigación y piedad, estuvieron siempre unidas, salvo en momentos contingentes y pasajeros.

Asunción y Washington

El instinto ecuménico—por tradición hispánica y romana—de Domingo Martínez de Irala, fundador del Paraguay, al erigir Asunción como capital del Plata en 1541, fué el que echó las bases no sólo de toda una ambiciosa política de la argentinidad en las «tierras del

argento» con una unción o confederación «gigante» (provincia gigante de las Indias), sino también aquellos cimientos de su saber y gobierno: asentando en el *primer recinto sacral*—o iglesia—de la casa fuerte originaria, la *primera escuela* y el *primer cabildo.* No importando que sólo hubiera en esa institución seminal «dos maestros para más de dos mil alumnos», según relató un cronista, nada menos que Ruy Díaz de Guzmán. Ya que de ese alumnado surgirían eminencias como el propio Ruy Díaz en el saber. Y un Hernandarias en el Poder.

Es decir: que al igual de las Universitates o Collegia primiciales de Europa, también en éstas de América—y entre ellas, la de Asunción—fué la Iglesia su progenitora, su sustentadora y su engrandecedora.

Así, el propio Hernandarias, salido de la primera escuela catedralicia asuncena, pudo ya fundar, en 1607, otra institución pedagógica dirigida por el Padre Francisco de Zaldívar, a la que acudían unos doscientos alumnos. Los cuales no sólo cultivaban su intelecto, sino también su corazón y sus manos. Ciencia, fe y oficio. *(Educación integral,* sobre la que tanto se habría de «teorizar» siglos más tarde. Y constituir la característica de la gran tradición pedagógica paraguaya, como ahora veremos.)

Y a la par que esa *escuela modelo* para mancebos, funcionaba a la par en Asunción también otra—y desde antes, desde 1603—para muchachas. Fundada por la Madre Francisca Jesusa Pérez de Bocanegra e inspirada por uno de los espíritus más videntes (y más desconocidos) que iluminara Paraguay, el obispo Martín Ignacio de Loyola, sobrino del Santo. Y *universalizador de las misiones* al fundir la obra franciscana inicial con la continuadora de la Compañía de Jesús. Esa Compañía de Jesús que habría de proseguir la acción universitaria precedente con una *radicalidad educacional* no comprendida hasta hoy, y que tuvo su primer brote ya apuntado en esa escuela laboral de Hernandarias.

Hacia 1587 habían llegado a Asunción los Padres Saloni, Ortega y Filds. Los dos últimos partieron a misionar indios, quedando acá el Padre Saloni en una casa cedida por un vecino, donde seis años después, en 1593, acudirían otros tres Padres: Romero, como superior; Lorenzana y Aguilar, para incoar un colegio, que empezaría a actuar desde 1609 con el Padre Lorenzana como rector, siete maestros y doscientos alumnos. Colegio que, con varias vicisitudes, siguió un cierto tiempo, hasta 1629, su labor docente, «aunque precaria», al decir de sus críticos. Esos críticos que no vieron—o no pudieron estimar todavía—lo que hoy tenemos como novedad radical de tal institución jesuíta. Y que consistió ¡no en el colegio mismo!, sino en que su rector, Padre Lorenzana, se ofreciera por 1609 al Padre Provincial

para iniciar una obra de fe, de saber y de trabajo en los indios: ¡almas, mentes y manos! ¡La obra de las «Reducciones jesuítas»! En Paraguay. Y en toda América del Sur.

Obra —óigase bien y entiéndase mejor— que de no haber sido perseguida y exilada en 1767, pero no borrada ni destruída, habría llegado a crear unos «Estados Unidos» —católicos— en esta Suramérica. Y desde los cuales hoy Asunción —como capital religiosa de América— podría mirar de par en par, «espiritualmente», a los de Washington.

Primero, vivir

Quienes persiguieron y exilaron —pero no destruyeron ni borraron, como no se borra ni destruye lo inmortal— tal obra pedagógica y laboral del Paraguay tuvieron un lógico interés en desacreditarla a lo largo de más de un siglo. Pero el Paraguay no se arredró. Con los restos de ella se levantaron nuevas fundaciones y se potenciaron otras. Así, el colegio real de Montserrat, en Córdoba, originado por el genio paraguayo el 9 de abril de 1695, intensificó su tradición y renovó sus métodos. Y en esa corriente de los nuevos tiempos creáronse dos instituciones más: el Colegio Mayor de San Carlos, en Buenos Aires (1772), y el Colegio Seminario Conciliar de San Carlos, en Asunción (1783-1822). Instituciones que, aceptando las novedades ilustradas del XVIII, mantendrían la tradición católica, que les legara la obra previa —franciscana y jesuíta— de Asunción.

Así, el colegio carolino asunceno, junto a cátedras de Filosofía y Arte (Lógica, Física y Metafísica), persistió en la enseñanza de Gramática, Latín y Teología (Moral y Dogmáticas). Estas instituciones, mientras sostenían la tradición hispánica y unitaria, fueron las encargadas de ir creando las «conciencias nacionales» de unos Estados que empezaron por 1810 a emanciparse, y que hubieran realizado, además de su emancipación, su Confederación prevista por la Compañía de Jesús—de no haberse relajado el *foedus* o nexo católico que la obra jesuíta dejara tendido en 1767.

Por eso, del colegio carolino asunceno saldrían próceres paraguayos como un Mariano Antonio Molas, un Vicente Ignacio Iturbe. El doctor Francia, como profesor de Latín. Y luego un inolvidable alumno: Carlos Antonio López.

Pero el *foedus,* el nexo confederativo, se había roto, la «religatio»: la *religión.* Siendo el propio Francia, graduado de Teología en Montserrat, quien se vió obligado, por las circunstancias de los tiempos, a cerrar su querido colegio carolino, donde actuara de maestro. Y a restringir la vida universitaria de Paraguay durante su gobierno para

defender algo más primario que el latín en la vida de un pueblo que quiere sobrevivir: su independencia y libertad. *(Primum vivere* —nunca mejor aplicado—. *Deinde filosofare.)* Después, filosofar. Pero primero, ¡vivir!

Dios, vuelve a brotar de sus labios

La prueba de ello es que apenas asegurada esa libertad y esa independencia, el sucesor de Francia, el antiguo alumno del carolino, Carlos Antonio López, su afán mayor lo puso en reanudar la tradición pedagógica (interrumpida por las circunstancias del «Supremo», cuyas relaciones con la Iglesia acaba de historiar finamente Alberto Nogués). Fundando 435 escuelas con 24.000 alumnos; organizando la enseñanza gratuita en la campaña; creando aquella Academia Literaria —30 de noviembre de 1841—, germen de la futura Universidad Nacional, siendo su primer director un sacerdote, el Padre Marco Antonio Maíz, obispo titular de Retimo y auxiliar del Paraguay, consagrado en Cuyabá juntamente con el hermano de Carlos Antonio, Basilio Antonio López, el 31 de agosto de 1845.

Fué tan preclaro gobernante —reanudador de la tradición católica e hispánica dentro de la Independencia y las ideas del siglo— quien volvió a abrir el colegio de San Carlos. Quien declaró obligatoria la enseñanza primaria. Quien contrató a profesores de fuera, entre ellos al español benemérito (y malogrado por culpa propia) Ildefonso Antonio Bermejo, mientras enviaba los primeros becarios paraguayos a Europa.

Fué tan memorable Jefe de Gobierno el establecedor de una escuela de Derecho civil y político (futura Facultad jurídica). De un aula de Filosofía (futura Facultad de Filosofía y Letras). Una Escuela Normal. Y un colegio nacional. Fué Carlos Antonio López quien restauró a los jesuítas en un colegio de segunda enseñanza (semilla del venidero Cristo Rey), dirigido por el Padre Paredes y con profesores como los Padres Anastasio José Calvo, Fidel Vicente López y Manuel Martín. Y el que volvió a reinstalar un Seminario, donde se enseñaron de nuevo Latín, Gramática, Literatura, Teología, Derecho canónico y Filosofía. Y que en 1862 contaba con más de quinientos alumnos.

De ahí a la reagrupación de todos esos gérmenes universitarios en una Universidad —la Nacional— sólo había un paso. Que lo dió el Presidente general Patricio Escobar con el decreto de 31 de marzo de 1890. Cuyas tres iniciales Facultades se ampliarían luego a seis, siendo su primer rector también un español: el gran «paraguayo»

—antes de la doble nacionalidad—don Ramón Zubizarreta, quien explicó Derecho romano y Literatura americana. Y al que Cecilio Báez llamaría «Padre intelectual de la juventud paraguaya». Siendo «Dios la palabra que brotaba siempre de sus labios». Ese Dios que un día no muy lejano, la tradición paraguaya más honda, restaurada desde los López, volverá a intronizar—con su crucifijo—en las escuelas.

Le «Grand Maître» y la salvación del hombre

Ahora bien: esos tiempos eran aún inmaturos y tímidos para reivindicar tal tradición profunda. Los gobernantes de entonces no podían adelantarse a sus tiempos. Por eso, la Universidad paraguaya continuó durante medio siglo—como las demás de Europa y América, primaciando la corriente «nacional», emanada del modelo napoleónico; de aquella «Université de France», que diera la norma pedagógica desde 1806 para todo el romanticismo burgués del XIX y aun parte del XX.

Ese «Grand Maître» se transformaría por 1850 en un Ministerio de Instrucción Pública y más tarde de Educación Nacional, que sostendría—ya por inercia—un tipo de Universidad donde predominaría la *versidad,* ya que la antigua *unidad en lo diverso,* que daba la religión, se había escamoteado. O todo lo más, yuxtapuesto con la creación de cátedras de Historia de las Religiones, como una investigación más en busca de «verdades», siguiendo la corriente experimental que imperaba en las ciencias físicas y naturales, puestas de moda por el positivismo.

Y ésa fué la razón de que empezaran a erigirse, junto a las Universidades nacionales y estatales del «Grand Maître» napoleónico, las «católicas», las que buscaban, además de «instrucción y educación», la «salvación» del hombre, mientras llegaba el día—ya no muy lejano—en que la Universidad vuelva a ser lo que fuera en sus orígenes trascendentes y religiosos: unificación de fe y razón, de espíritu y ciencia, de revelación e investigación: un camino de perfección. Un saber salvador. No buscar la verdad a través de verdades relativas, contingentes, superables (las científicas), sino utilizar esas verdades para iluminar cada vez más una verdad única, salvadora: la divina.

Y así surgió eso que llamaríamos la bi-versidad. O coexistencia de dos tipos de Universidades: la institución del experimento, del relativismo, la Universidad estatal que posponía Dios a la razón humana. Y la institución que a la razón humana anteponía el misterio de Dios: la Universidad católica.

Universidad católica, que multiplica cada día más sus fundaciones y fundamentos. En Norteamérica hay ya varias en Canadá y muchas en Estados Unidos. Y en las otras Américas, recuerdo las de Méjico, La Habana, Bogotá, Medellín, Caracas, Quito, Lima, Río de Janeiro, San Pablo, Recife, Porto Alegre, Buenos Aires, Córdoba, Santiago de Chile, Valparaíso. Y ahora Asunción. Las hay en Asia (Líbano, Filipinas, Japón, Irak, Corea). En Africa (Congo). Y Europa, en sus naciones más cultas. Siendo de notar que aquellas tenidas, además, por más laicas, como Francia, Holanda, Alemania, Inglaterra, Bélgica, paga el Estado —en todo o en gran parte— tal enseñanza religiosa.

Asunción, corazón espiritual de América

La Universidad «Nuestra Señora de la Asunción», que hoy se incorpora a la tradición integral pedagógica del Paraguay —espíritu y ciencia, fe y razón—, no hace, pues, sino «continuar» algo que, interrumpido por las circunstancias críticas de la emancipación, fué ya proseguido por Carlos Antonio López y madurado por una Universidad Nacional, cuya característica sigue siendo la del alma paraguaya: esa de luchar por un glorioso destino. Y recuperarlo. El destino que señalara Irala al hacer de Asunción, ante todo, capital del Plata. Y luego Hernandarias, corazón espiritual de América. (Corazón que supo ya, con aquella obra misional y laboral, «reducir a cultura y fe» las masas de entonces.)

Porque se acerca el tiempo en que la crisis que hoy angustia a las otras masas, las proletarias (heredera de la crisis burguesa del XIX y de la humanista del XVII), ha de resolverse en una repentina revelación. Otra vez: la de hallar a Dios. Otra vez: la de encontrar una verdad salvadora. Total.

Y en esta crisis los ojos del mundo se volverán, se están ya volviendo, a Paraguay. Donde se guarda un secreto sublime y universo entre unas olvidadas ruinas inmersas en las selvas: aquellas de sus inmortales, imborrables reducciones. Y de las que tanto la Universidad Nacional como la Católica de Asunción pueden aprender mucho al acercarse a ellas por distintos caminos. Y al encontrarse un día, y sin saber cómo, fundidas ambas Universidades en una nueva unificación de lo diverso. En una perfecta y total *Uni-Versidad*. A cuya asunción —y desde Asunción rindo hoy trascendental homenaje.

Ernesto Giménez Caballero
Embajada de España
Asunción (Paraguay)